

<https://digithum.uoc.edu>

## Materiales

# «Georg Simmel», por Georg Lukács

**Fernando Artavia Araya**

Escuela de Sociología, Universidad de Costa Rica

Fecha de recepción: enero de 2022

Fecha de aprobación: febrero de 2022

Fecha de publicación: abril de 2022

### Citación recomendada:

ARTAVIA ARAYA, Fernando (2022). «“Georg Simmel”, por Georg Lukács». *Digithum*, [online], 2022, no. 28, <https://doi.org/10.7238/dig.v0i28.395961> [Data de consulta: dd-mm-aaaa].

Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. La licencia completa se puede consultar en <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

## Resumen

El presente artículo es la traducción de un texto de Georg Lukács originalmente publicado tras la muerte de Georg Simmel en 1918. A modo de semblanza, Lukács realiza un balance del legado filosófico y sociológico de quien fuera uno de sus maestros en Berlín. En él observa tanto virtudes como limitaciones, pero insiste en que ya no se podrá ignorar a futuro el modo de ver simmeliano.

## Palabras clave

Georg Simmel; Georg Lukács; traducción; semblanza

## “Georg Simmel”, by Georg Lukács

### Abstract

*This article is the translation of a text by Georg Lukács originally published after the death of Georg Simmel in 1918. As a biographical sketch, Lukács takes stock of the philosophical and sociological legacy of one of his teachers in Berlin. In it he observes both virtues and limitations, but insists that the Simmelian way of seeing can no longer be ignored in the future.*

### Keywords

Georg Simmel; Georg Lukács; translation; biographical sketch

.....

<https://digithum.uoc.edu>

«Georg Simmel», por Georg Lukács

## Presentación

Georg Lukács (1885-1971) fue sin duda uno de los filósofos y teóricos literarios más importantes del siglo XX. Su vida estuvo marcada por la polémica que al interior del marxismo occidental suscitó su original pensamiento. Pero han de quedar ya muy pocos que le tachan de «revisionista» o que le acusen de traicionar el legado de Marx, pues si de algo nunca renegó Lukács fue de su deuda con el filósofo de Tréveris. No es, sin embargo, de esa deuda –ya suficientemente discutida– de lo que aquí se hablará, sino más bien de aquella otra contraída en su etapa premarxista, durante sus años de aprendizaje junto a las grandes figuras de la sociología y la filosofía alemana a inicios del pasado siglo.

El anhelo de nuevas experiencias y conocimientos alejan pronto a Lukács de su natal Budapest. Recién terminado su doctorado en Derecho (1906) decide trasladarse a Berlín, en cuya universidad se matriculará como estudiante de Filosofía. Dos son las figuras que por entonces llaman su atención. Por un lado, Wilhelm Dilthey (1833-1911), cuya hermenéutica, de pretensiones claramente antipositivistas, despierta su interés por el estudio de las relaciones histórico-culturales. Por el otro, Georg Simmel (1858-1918), cuyo filosofar abre su mirada a una nueva forma de entender el arte, poniendo en discusión el carácter social de este. De ambos pensadores extrae Lukács aquello que le resulta útil para el desarrollo de una nueva teoría literaria, pero es de su relación con el segundo de estos de lo que aquí nos ocuparemos.

El primer contacto con Simmel tuvo lugar en su curso «Lógica y problemas de la filosofía contemporánea». Como muchos otros, Lukács asiste entusiasmado a las lecciones del famoso docente de Berlín y con la mayor diligencia toma nota de la materia tratada. Pero quien quiera revisar los meticulosos apuntes del estudiante húngaro constatará con cierta desazón que no hay allí nada realmente nuevo, nada verdaderamente original (Lukács, [1906/1907] 2012). Trece lecciones de pura lógica, repletas de silogismos y una que otra incursión en teoría del conocimiento, todo lo cual, a decir verdad, pudo haber sido dicho por cualquier otro docente de Filosofía, como de hecho lo ha sido incontables veces desde Aristóteles. Y es que no era la «materia», no eran los «contenidos», aquello que tanto atraía de las lecciones de Simmel, sino más bien la «forma» en que este los abordaba. De ello dan testimonio otros compañeros de Lukács presentes en aquel curso. Herman Schmalenbach asegura que Simmel «enseñaba realmente, según las palabras de Kant, más que filosofía a filosofar, y solo enseñaba mientras inspiraba» (Simmel, 2012). En esto coincide Frank Thiess, cuyas palabras merecen ser citadas en extenso:

«¿Se acuerdan, amigos míos, de cómo semanalmente asistíamos hora y media a sus clases de lógica? Hora y media escuchando sin interrupción sobre  $S = P$  (“El árbol es verde”), sobre la “cantidad de los juicios” o sobre el “principio del tercero excluido”. ¡Lógica! ¿Cómo es que permanecíamos sentados en el gran auditorio, de 2 a 3:30, cautivados e inmóviles con los rostros dirigidos a él, mientras nuestras plumas volaban sobre el papel?»

¡Lógica, “la más árida de las ciencias”! ¿Quién dijo “árida”? Juro por mi honor que en mis dos años de universidad en Berlín nunca asistí a una lección que fuera más interesante, más emocionante, más animada y más estimulante que la “Lógica” de Simmel» (Thiess, [1918] 1958, p. 177).

La cita es tan elocuente como emotiva. ¿Qué docente, particularmente de lógica, no habría deseado ser recordado así por sus alumnos? Pero con todo lo interesantes y estimulantes que aquellas lecciones pudiesen ser, no fue en ellas donde Lukács pudo apreciar en toda su riqueza y posibilidades el filosofar simmeliano. Fue más bien como invitado a las discusiones académicas en casa del maestro, su *Privatissimum*, que el joven húngaro se familiarizó con el modo de ver de Simmel, al tiempo que se convirtió en uno de sus favoritos, «un elegido entre los elegidos» (Hauser, 1985, p. 100).

Los primeros trabajos de Lukács, *El alma y las formas* (1910) e *Historia del drama moderno* (1911), llevan la indeleble marca del berlinés. El propio Lukács reconocerá más tarde que «la verdadera filosofía de mi libro sobre el drama es la filosofía de Simmel» (Lukács, [1965-1971] 2021, p. 23).<sup>1</sup> Qué opinión podían merecerle a este dichas obras no es algo fácil de saber. Simmel se había negado a reseñar el libro sobre el drama, cuyo método, sin embargo, le pareció «fructífero e interesante» (Simmel, 22-07-1909, 2008a, pp. 717-719). Ese método consistía en penetrar en lo interior y sublime a partir de las condicionalidades exteriores y más toscas. En lo que a *El alma y las formas* respecta, su posición era más bien ambivalente. Si damos crédito a lo referido por Bela Balasz sobre una conversación suya con Simmel, aquella obra le había parecido «dispar» y criticaba su mezcla de «elementos poéticos» en el propio análisis; y sin embargo halagaba el último de sus capítulos dedicado a la metafísica de la tragedia (Simmel, 2008b, pp. 68-69).

Por aquellos mismos años Lukács planeaba habilitarse en alguna universidad alemana. Esa vía estaba cerrada en Berlín, al menos con Simmel, habida cuenta de su condición de *Privatdozent*. Esto no impidió que Simmel ayudara a Lukács en sus aspiraciones académicas, aconsejándolo y recomendándolo directamente a otros eminentes colegas (Simmel, [25-05-1912] 2008b, p. 66). El hecho de entrar en contacto con profesores de la talla de Arthur Salz, Emil Lask, Heinrich Rickert y Wilhelm Windelband allanó sin duda el camino de Lukács a Heidelberg, aun cuando las cosas no salieran como este hubiera deseado. Pero durante su intermitente estada en aquella ciudad tuvo Lukács la oportunidad de trabar relación con una de sus mayores influencias: Max Weber (1864-1920). También Weber estaba desde la temprana dimisión de su cátedra formalmente «fuera» del ámbito universitario, pero su fama crecía extramuros con cada investigación, artículo y conferencia. Su casa era centro de discusión para lo más selecto de la intelectualidad de Heidelberg, de la que muy pronto se convirtió Lukács en *habitué*. Las ideas estéticas del joven húngaro despertaron un auténtico interés en Weber, quien al leer *El alma y las formas* escribe a su esposa Marianne: «Mi impresión es muy profunda y estoy seguro de que el planteamiento del problema es muy correcto (...) tengo curiosidad por ver cómo será cuando surja su concepto de *forma*» (Weber, [1926] 1995, pp. 441-442). El «concepto de *forma*»,

1. Sobre esa misma obra dirá en un prólogo de 1967 a *Historia y conciencia de clase* (1923) que «hacia 1908, la emprendí con *Das Kapital*, con objeto de conseguir una fundamentación sociológica para mi monografía sobre el drama moderno. Pues lo que entonces me interesaba era el “sociólogo” Marx, visto a través de una lente metodológica principalmente debida a Simmel y a Max Weber» (Lukács, [1923] 1984, I, p. 30).

<https://digitum.uoc.edu>

«Georg Simmel», por Georg Lukács

de marcada raigambre kantiana, lleva por lo pronto en Lukács la innegable impronta de Simmel, una que seguirá vigente durante toda su etapa en Heidelberg (1912-1917). Todavía en 1918, en el *curriculum vitae* presentado para su fallida *Habilitation*, sigue Lukács honrando su deuda con el berlinés por haberle «mostrado la posibilidad de un tratamiento sociológico de las objetivaciones culturales» (Jung, 1989, pp. 36-37).

El 26 de septiembre de 1918 muere Georg Simmel a raíz de un cáncer de hígado. La noticia conmociona a Lukács, quien de inmediato escribe la semblanza aquí presentada. No es el duelo, ciertamente, el mejor momento para realizar un balance mesurado del legado de un autor. Un impulso muy humano suele llevar a resaltar las virtudes por encima de las falencias de quien se ha ido recientemente. Pero el texto de Lukács no es puramente laudatorio ni una mera hagiografía. No era Lukács, por cierto, de esos que suavizan sus juicios ante la muerte de un autor. Sobre su antiguo maestro Dilthey tuvo el mal gusto de decir que «sería una hipocresía afligirse por su muerte como si fuera una pérdida irreparable...» (Jung, 1989, p. 36).<sup>2</sup> Frente a Simmel su posición es un poco más matizada. De él destaca su ilimitada sensibilidad, su gusto por lo único, su agudeza de pensamiento, su pluralismo metodológico, su captación de hechos filosóficos aún no descubiertos y, desde luego, su capacidad para ver el más pequeño e insignificante fenómeno *sub specie philosophiae*. Se niega incluso a confundir la tendencia pluralista-asistemática de su pensamiento con el mero «relativismo» de que a veces se le acusa. Es más bien, según Lukács, la reacción de un auténtico «espíritu filosófico» ante lo que gusta describir como «marea de desértico y desalmado materialismo y positivismo». Esas virtudes, sin embargo, se ven complementadas por múltiples limitaciones, la más importante de las cuales es su incapacidad para tomar decisiones últimas. Al no aspirar a un sistema unitario, la obra simmeliana había de permanecer como laberinto, como fragmento y experimento a la vez. A ojos de Lukács, Simmel «fue el verdadero filósofo del impresionismo». Y precisamente por ello, en tanto que su filosofía y su sociología encarnan las paradojas de todo impresionismo, no podía Simmel menos que ser un «fenómeno de transición»; aún más, «el fenómeno de transición más significativo e interesante de toda la filosofía moderna».

La semblanza que de Simmel hace Lukács no deja de producir un ligero sabor agrídulo, algo que puede agriarse aún más cuando le vemos presentar al recién difunto como «un gran estimulador, pero no un gran educador». La dureza de este juicio no solo contrasta con la buena fama de la que como docente gozaba Simmel dentro y fuera de Alemania, sino que pasa por alto la profundidad y originalidad de su pedagogía (Vernik, 2018). Lukács remite aquí tan solo a la falta de «discípulos» del berlinés, quien según una muy plástica imagen habría sido «un Monet de la filosofía al que todavía no ha seguido ningún Cézanne». Pero, pese a lo ingenioso de la analogía con el padre del impresionismo, aquella falta de «discípulos»

podría ser interpretada de una manera muy distinta, una que el propio Simmel supo vislumbrar poco antes de su muerte:

«Sé que moriré sin herederos espirituales (lo cual es bueno). El patrimonio que dejo es como dinero repartido entre muchos herederos, cada uno de los cuales coloca su parte en alguna actividad compatible con su naturaleza pero que ya no puede identificarse como procedente de tal patrimonio» (Frisby, [1984] 1990, p. 249).

Una parte de aquel patrimonio había sido productivamente explotada por el joven Lukács. Todavía durante los primeros años de su periodo marxista la influencia simmeliana seguía siendo notable, por ejemplo, en su tratamiento de la cosificación en *Historia y conciencia de clase* (Lukács, [1923] 1984, II, pp. 7-159). Aquella herencia irá disminuyendo con el paso de los años hasta convertirse en una suerte de pasivo del que Lukács pareciera querer librarse. En *El asalto de la razón*, obra polémica si las hay, Simmel terminará apareciendo como ideólogo burgués y representante del irracionalismo moderno (Lukács, [1954] 1959, pp. 357-371). En una de sus últimas entrevistas, Lukács evalúa retrospectivamente su relación con el berlinés, y lo hace contrastándola con aquella otra mantenida con el sociólogo de Heidelberg: «Sencillamente mi opinión sobre Weber fue siempre positiva desde un punto de vista moral; mientras que a Simmel yo le criticaba una cierta frivolidad y por eso nos distanciamos» (Lukács, [1965-1971] 2021, p. 23).<sup>3</sup>

¿Se habrá distanciado tanto Lukács de Simmel como para terminar destacando en este solo su presunta «frivolidad» e «irracionalismo»? ¿Habrá acaso terminado sin poder ya identificar el patrimonio original del que procediera en parte su producción intelectual? La reciente conmemoración de los cincuenta años de la muerte de Lukács bien podría aprovecharse para volver sobre estas y otras preguntas. Sirva la siguiente traducción como invitación e insumo a la búsqueda de algunas respuestas.

## 1. «Georg Simmel», por Georg Lukács. Traducción de Fernando Artavia<sup>4</sup>

Georg Simmel fue sin duda el fenómeno de transición más significativo e interesante de toda la filosofía moderna. Por eso, fue tan extremadamente atractivo para todos los talentos verdaderamente filosóficos de la más joven generación de pensadores (quienes son algo más que meros especialistas inteligentes o estudiosos de disciplinas filosóficas particulares), hasta el punto de que casi no hay ninguno entre ellos que, por un periodo más corto o más largo, no haya caído bajo el hechizo de su pensamiento. Pero, justo por la misma razón, dicha atracción fue solo en muy raros casos duradera. Simmel, a diferencia de Cohen, Rickert o Husserl, no ha tenido «discípulos». Fue un gran estimulador, pero no un gran educador,

- Este extracto, procedente del texto de Lukács *Zur Theorie der Literaturgeschichte*, aparece citado en el referido estudio de Werner Jung. Existe una traducción del texto de Lukács al castellano en la que, sin embargo, no se pudo ubicar el extracto aquí citado (Lukács, [1910] 2015, pp. 89-127).
- En esa misma entrevista Lukács afirma que «la influencia de Weber vino después y fue más fuerte. Simmel tenía un lado frívolo. Weber, por el contrario, quería lograr una teoría de la literatura sin el lado frívolo de Simmel» (Lukács, [1965-1971] 2021, p. 23).
- Traducido del alemán por Fernando Artavia Araya, a partir del texto incluido en la obra conmemorativa *Buch des Dankes an Georg Simmel. Briefe, Erinnerungen, Bibliographie*. Kurt Gassen y Michael Landmann (eds.) (1958), pp. 171-176. Berlin: Duncker & Humblot. Originalmente el texto apareció el 2 de octubre de 1918 en el periódico húngaro de lengua alemana *Pester Lloyd*. Existe traducción al inglés a cargo de Margaret Cerullo en *Theory, Culture & Society* (1991), vol. 8, pp. 145-150.

<https://digithum.uoc.edu>

«Georg Simmel», por Georg Lukács

ni –y esto nos aproxima de inmediato al centro de su naturaleza– alguien que completara realmente los asuntos.

Se suele llamar a Simmel ingenioso, tanto con intención elogiosa como despectiva. Pero, por correcta que fuere esta denominación, en modo alguno da con el núcleo de su personalidad filosófica. Si bien Simmel fue también ingenioso en un sentido lato y podrían citarse páginas enteras de sus dichos, los cuales bien resistirían una comparación con los grandes maestros del ingenio, lo decisivo de su espíritu subyace más profundo. Es un espíritu filosófico en el más puro y auténtico sentido, un espíritu como solo los más grandes han poseído. Ser ingenioso significa aquí captar velozmente y expresar de manera sorprendentemente precisa los hechos filosóficos aún no descubiertos. Implica también la capacidad para ver el más pequeño e insignificante fenómeno de la vida cotidiana tan intensamente *sub specie philosophiae* que devenga transparente y, tras su transparencia, se haga visible una conexión formal eterna del sentido filosófico.

Simmel poseía este elevado don del filósofo en muy alto grado. ¿Cómo es posible que, a pesar de ello, solo haya devenido un estimulador brillante e «ingenioso», pero no un filósofo realmente grande, uno que realmente hiciera época? La razón para este fracaso ante lo más alto señala simultáneamente el punto en que estaban ancladas las más ricas y fértiles habilidades de Simmel. Acentuando lo positivo, puede hablarse de una sensibilidad desenfundada e ilimitada. Pero, si se quiere señalar aquí justamente los límites que su naturaleza revela, ha de hablarse también de una falta de centro, de una incapacidad para tomar decisiones últimas y sin transición. Simmel es el más grande filósofo de transición de nuestra época, para sintetizar en una frase su grandeza y sus límites; él es el verdadero filósofo del impresionismo. No es que simplemente haya llevado a un nivel conceptual lo expresado por el desarrollo impresionista de la música, las artes plásticas y la poesía. Su obra es mucho más que una formulación conceptual de la visión de mundo impresionista; más bien, es la configuración filosófica de aquel sentimiento del mundo de donde proceden las más grandes obras de este movimiento. Es una formación exactamente tan problemática de la naturaleza de la época que recién dejamos como la que puede encontrarse en las obras de un Monet o un Rodin, de un Richard Strauss o un Rilke.

Todo impresionismo es por esencia una forma de transición: rechaza la conclusión, la formación última, tanto la fatal como la creadora de destino, por principio y no por incapacidad para alcanzarla. Esta designación se aplica evidentemente solo para los más altos representantes del impresionismo, pues en el caso de sus epígonos y seguidores se trata siempre de una impotencia hábilmente enmascarada. El impresionismo experimenta y evalúa las formas grandes, sólidas y eternas como ejerciendo violencia sobre la vida, sobre su riqueza y policromía, sobre su abundancia y polifonía; es siempre una celebración de la vida y pone toda forma a su servicio. Con ello, sin embargo, la esencia de la forma deviene problemática. La heroica y trágica empresa de los grandes impresionistas consiste precisamente en que a la forma –de la que no pueden escapar, siendo el único medio posible para su esencial existencia– le exigen e imponen de continuo algo que contradice y anula su determinación: si la forma deja de ser cerrada, soberana y completa en sí misma, deja entonces de ser forma. No puede haber una forma abierta y al servicio de la vida.

A pesar de esta problemática incesante, surge en las obras de los grandes impresionistas del siglo diecinueve una plétora de valores eternamente imperdibles. Pues por cerradas y apartadas

de la vida que las formas eternas puedan ser en su acabamiento, ellas deben, no obstante, remontarse siempre de nuevo a la vida, tratar de acogerla en todo su polimorfismo, para que la obra –ahora soberanamente acabada en sí misma– sea una obra verdadera, un mundo autosuficiente, un microcosmos. Y todo gran movimiento impresionista no es otra cosa que la protesta de la vida contra las formas que se han vuelto demasiado rígidas y, en esta rigidez, han devenido demasiado débiles para poder apropiarse creativamente de su abundancia. Pero, debido a que los impresionismos deben detenerse en este aumento de la apercepción de la vida, son por naturaleza fenómenos de transición: preparan un nuevo clasicismo que eterniza en formas nuevas, duras y rígidas, pero omniabarcantes, la abundancia de la vida que ha devenido perceptible a través de su sensibilidad. Desde este punto de vista, la situación histórica de Simmel puede formularse así: él fue un Monet de la filosofía al que todavía no ha seguido ningún Cézanne.

El estado de la filosofía previo a la aparición de Simmel era el más desconsolador imaginable. La gran tradición de la filosofía clásica alemana parecía perdida; los más importantes *outsiders* de aquel período (Nietzsche, Hartman) se encontraban desarraigados y sin consecuencias en medio de una marea de desértico y desalmado materialismo y positivismo. Para una receptividad filosófica parecía no haber ninguna otra vía que la de aumentar la sensibilidad en la comprensión histórica de épocas y personas del pasado (al estilo de Dilthey). Esto, respecto al ahora floreciente neoidealismo, hubo incluso de provocar en sus inicios la apariencia de que su fuerte énfasis en lo eternamente *a priori* debía significar una violencia contra la abundancia de la vida, como si su triunfo solo pudiera ser el del monismo formal, el del monismo metodológico, sobre el monismo sustantivo de la filosofía predominante en aquel entonces. La significación histórica de Simmel reside en que fue desde sus inicios el más claro representante del pluralismo metodológico; el *pathos* de su filosofar surgió del admirable reconocimiento de la infinita variedad de posibles posiciones y objetos filosóficos. «Hay tan pocas categorías, como pocos sexos existen», dijo alguna vez en una conversación. Desde luego, esta sentencia indica simultáneamente con toda claridad los límites de su naturaleza. Para él, el descubrimiento de la pluralidad de posiciones filosóficas es el objetivo último y un fin en sí mismo, no un mero medio para encontrar un sistema diversamente organizado y, sin embargo, unitario. Debido a esta tendencia pluralista-asistemática de su pensamiento, a menudo se ha llamado a Simmel relativista. A mi modo de ver, sin razón. Pues relativismo significa dudar de la validez incondicional de las distintas posiciones posibles (por ejemplo, la ciencia y el arte), y es por ello completamente independiente de la cuestión de si nuestra imagen del mundo tiene un carácter monista o pluralista. Simmel, por el contrario, se aferra al carácter absoluto de toda posición singular. Considera necesaria e incondicional cada una de ellas, pero no cree que pueda haber una toma de posición *a priori* hacia el mundo que abarque realmente la totalidad de la vida. Cada posición ofrece solo un aspecto; un aspecto *a priori* y necesario, pero solo un aspecto y no la totalidad en sí misma. Lo que separa aquí a Simmel del sistema de filosofía hoy ambicionado (pluralista y, sin embargo, unitario) es precisamente el hecho de detenerse en la determinación de los aspectos particulares. Esto se relaciona en parte con su gusto por lo cualitativamente único, con su deleite por el descubrimiento de diversos ámbitos peculiares allí donde la indiferencia de los otros

<https://digithum.uoc.edu>

«Georg Simmel», por Georg Lukács

había visto una unidad indivisa, y probablemente también con un auténtico placer impresionista de la propia sensibilidad. Pero la razón decisiva es que la última instancia fue para Simmel siempre algo más allá de toda posición: la vida, de la que las diversas posiciones solo pueden ofrecer aspectos. En esto se basa la conexión de su pensamiento con el de Bergson. Esos diversos aspectos mantienen las más variadas e intrincadas relaciones entre sí y Simmel emplea para desenmarañarlas toda la delicadeza y agudeza de su pensamiento. Pero como –debido a su actitud última y de principio– esta red de interrelaciones debe seguir siendo un laberinto y no puede convertirse en sistema, la perspicacia de Simmel para descubrir, desenmarañar y volver a enlazar siempre nuevos hilos y ovillos adquiere una apariencia juguetona y su hipersensibilidad ante las cualidades continuamente descubiertas adquiere la apariencia de un monótono virtuosismo. Pero por mucho que la nueva filosofía quiera distanciarse de su última posición, ya nunca podrá ignorar su manera de establecer los hechos filosóficos.

El carácter del talento de Simmel hace comprensible que sus aportes más perdurables sean en sociología y filosofía de la historia. La peculiaridad de ambas disciplinas reside en la compenetración de puntos de vista heterogéneos para alcanzar una nueva unidad, en la interacción de lo condicionado y lo incondicionado. Si la sociología anterior a Simmel, especialmente la marxista, que también fue decisiva para su posición, tuvo la tendencia a disolver todo lo atemporal e incondicionado (religión, filosofía, arte) en algo temporalmente condicionado, entonces la unilateralidad y la debilidad de las más grandes concepciones filosóficas de la historia de la época clásica, como la de Hegel, consistieron en el empeño de incorporar la temporalidad de la historia completa y entera a la incondicionalidad de relaciones puramente *a priori*. La significación de Simmel para la sociología –pienso aquí, en primer lugar, en su «Filosofía del Dinero»– reside en que lleva tan lejos el análisis de las condicionalidades y lo apuntala con tal fineza como nadie nunca lo había logrado, pero al mismo tiempo muestra con inimitable agudeza el reverso de las condicionalidades, su autolimitación, su detenerse ante lo que no se deja condicionar. Una sociología de la cultura como la emprendida por Max Weber, Troeltsch, Sombart y otros, con todo lo que metodológicamente pueda apartarles de Simmel, ha sido posible únicamente sobre el terreno por él ganado.

Desde luego, también esta sociología de Simmel es solo un «experimento» y no una conclusión. Su «Sociología» lleva el sello de su impresionismo aún más fuertemente que el gran ensayo sobre el dinero; y sus ensayos sobre filosofía de la historia fueron concebidos de forma aún más evidente como fragmentos. Lo pionero de su modo de ver se muestra mucho menos en sus obras de teoría histórica que en sus intentos por considerar filosóficamente algunas figuras de la historia. La manera como Simmel concibe a Goethe y a Kant, a Miguel Ángel, Rembrandt y Rodin, no es la del historiador que los incluye en un *continuum* de desarrollo temporal o que los considera como figuras de una determinada época, ni tampoco la del sistematizador que descompone la obra de aquellos desvinculándola de todo lo temporal en su normatividad *a priori*, sino más bien la del filósofo de la historia, para quien cada una de estas grandes figuras es al mismo tiempo algo único e irrepetible y una categoría *a priori*. El impresionismo de Simmel ve en cada uno de estos genios la posibilidad, singularmente determinada, pero al mismo tiempo eterna y *a priori*, de una toma de posición hacia la totalidad de la vida: su pluralismo no se refiere simplemente a los tipos particulares de posicionamiento, sino también a las realizaciones individuales en el

interior de cada uno de esos tipos. La imagen del mundo de Goethe es respecto a la de Kant tan *a priori* y necesariamente distinta como puede serlo la formación conceptual en historia respecto a la de las ciencias naturales. Pero, debido a que el impresionismo de Simmel es uno auténtico y profundamente filosófico, cada una de esas imágenes del mundo deviene algo absoluto. Así como la pluralidad de posicionamientos no puede suprimir la validez incondicional de cada uno en su propia esfera, tampoco puede surgir un relativismo a partir de esta multiplicidad: la «categoría» de Rembrandt es tan absoluta como la «categoría» de Miguel Ángel. Es la esencia metafísica del mundo no solo admitir sino exigir la multiplicidad de tales «categorías». Cuán fértil resulta para la filosofía de la historia este modo de ver es algo que lamentablemente no puede aquí indicarse; mucho menos todavía la relación de Simmel con los intentos que le siguieron en este campo. Pero también aquí se muestra la esencia de su personalidad en su efecto: nadie ha seguido directamente su camino, pero tampoco nadie pudo ni puede emprender algo esencial en filosofía de la historia sin haber examinado este modo de ver.

## Bibliografía

- FRISBY, D. ([1984] 1990). *Georg Simmel*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HAUSER, A. (1985). «Erinnerungen». En: KARÁDI, É. y VEZÉR, E. (eds.). *Georg Lukács, Karl Mannheim und der Sonntagskreis*, pp. 97-103. Frankfurt a.M.: Sander.
- JUNG, W. (1989). *Georg Lukács*. Stuttgart: J. B. Metzler.
- LUKÁCS, G. ([1954] 1959). *El Asalto a la Razón*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LUKÁCS, G. ([1923] 1984). *Historia y Conciencia de Clase*. 2 Tomos. Madrid: SARPE.
- LUKÁCS, G. ([1906/1907] 2012). «Logik und Probleme der Philosophie der Gegenwart». En: SIMMEL, G. *Kolleghefte und Mitschriften. Georg Simmel Gesamtausgabe, Band 21*, pp. 662-680. Frankfurt a.M.: Suhrkamp. <https://doi.org/10.7202/1012931ar>
- LUKÁCS, G. ([1910] 2015). «Para una teoría de la historia de la literatura». VEDDA, M. [ed.]. *Acerca de la Pobreza de Espíritu y Otros Escritos de Juventud*. Buenos Aires: Gorla, pp. 89-127.
- LUKÁCS, G. ([1965-1971] 2021). *Gelebtes Denken*. Bielefeld: Eisthesis.
- SIMMEL, G. (2008a). *Briefe 1880-1911. Georg Simmel Gesamtausgabe, Band 22*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- SIMMEL, G. (2008b). *Briefe 1912-1918. Jugendbriefe. Gesamtausgabe, Band 23*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- SIMMEL, G. (2012) *Kolleghefte und Mitschriften. Georg Simmel Gesamtausgabe, Band 21*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- THIESS, F. ([1918] 1958). «Erinnerungen an Simmel». En: GASSEN, K. y LANDMANN, M. *Buch des Danken an Georg Simmel. Briefe, Erinnerungen, Bibliographie*. Berlín: Duncker & Humblot, 1958, pp. 176-179. <https://doi.org/10.3790/978-3-428-47900-9>
- VERNIK, E. (2018). «What is a class? On the simmelian art of learning and teaching». En: *Simmel Studies*, vol. 22(2), pp. 67-87. <https://doi.org/10.7202/1062539ar>
- WEBER, M. ([1926] 1995). *Biografía de Max Weber*. México: Fondo de Cultura Económica.

<https://digithum.uoc.edu>

«Georg Simmel», por Georg Lukács

**Fernando Artavia Araya**

Escuela de Sociología, Universidad de Costa Rica  
fernando.artavia@ucr.ac.cr

Doctorado en Ciencia Política por la Universidad Libre de Berlín; actualmente es profesor de Sociología en la Universidad de Costa Rica. Sus principales áreas de trabajo son la teoría sociológica y la historia intelectual.

